

Ben Mezrich

El alucinante relato de cómo los gemelos
que demandaron a Mark Zuckerberg por robarles
la idea de Facebook invirtieron el dinero en bitcoins
y amasaron una fortuna

A halftone-style illustration of two men in dark suits and ties walking towards the viewer. The background is a textured orange-red color. The man on the left is slightly ahead of the man on the right.

LOS MULTIMILLONARIOS DEL **BITCOIN**

UNA HISTORIA DE **DINERO,**
TRAICIÓN Y REDENCIÓN

Los hermanos Tyler y Cameron Winklevoss son gemelos, estudiantes de Harvard, remeros olímpicos, perfectos representantes del establishment estadounidense y archienemigos de Mark Zuckerberg, quien consideran que les robó la idea de Facebook y a quien se enfrentaron en una épica batalla legal de la que salieron vencedores.

Tras el juicio pensaron dedicarse al capital riesgo, financiando y ayudando a crecer a startups, pero nadie quiso su dinero después del enfrentamiento con el creador de Facebook. Mientras pensaban en qué iban a invertir la indemnización que les había tenido que pagar Zuckerberg, viajaron a Ibiza, donde se toparon por accidente con un personaje excéntrico que les habló de las criptomonedas. Como cuenta magistralmente este libro con una narración endiablada y cargada de suspense, los Winklevoss pensaron que aquello podía ser o bien la siguiente maravilla tecnológica o bien un engaño colosal. Para solventar esa duda sólo había una opción: hacer una apuesta.

Ben Mezrich describe el apasionante mundo de las startups y el ambiente en ocasiones siniestro de las criptomonedas, y disecciona las venganzas, redenciones y el triunfo de estos dos personajes singulares, iluminando uno de los rincones más atractivos del nuevo mundo tecnológico y económico.

Índice de contenido

Cubierta

Los multimillonarios del bitcoin

NOTA DEL AUTOR

PRIMER ACTO

Capítulo 1 EN LA JAULA DEL TIGRE

Capítulo 2 MUERTOS EN EL AGUA

Capítulo 3 BIENES DAÑADOS

Capítulo 4 EN EL PRINCIPIO EXISTÍA LA ESPUMA

Capítulo 5 EL SÓTANO

Capítulo 6 ENCONTRAR EL AMOR EN UN LUGAR SIN ESPERANZA

Capítulo 7 30 DE AGOSTO DE 2012

Capítulo 8 CHARLIE

Capítulo 9 STEPFORD, CONNECTICUT

Capítulo 10 MERCADO DE COMPRADORES

Capítulo 11 EL GOLPE A LA INVERSA

SEGUNDO ACTO

Capítulo 12 LA CHISPA

Capítulo 13 BAYFRONT PARK, CENTRO DE MIAMI

Capítulo 14 DE NUEVO EN LA CARRETERA

Capítulo 15 EN EL AIRE

Capítulo 16 EL REY DE BITCOIN

Capítulo 17 A LA MAÑANA SIGUIENTE

Capítulo 18 LUCES DE NEÓN

Capítulo 19 A ESTE LADO DEL PARAÍSO

Capítulo 20 EL FRENTE UNIDO

Capítulo 21 DETRÁS DE LA PUERTA

Capítulo 22 BITCOIN 2013

Capítulo 23 LA POPULARIZACIÓN DE BITCOIN

TERCER ACTO

Capítulo 24 LA HISTORIA DE UN PIRATA

Capítulo 25 EL DÍA DESPUÉS

Capítulo 26 LA CAÍDA

Capítulo 27 EN LA CIUDAD

Capítulo 28 HOMBRES DE HARVARD

Capítulo 29 EL DÍA DEL JUICIO FINAL

Capítulo 30 LANZAMIENTO

Capítulo 31 DE DUMAS A BALZAC

Epílogo. ¿Dónde están ahora...?

Agradecimientos

Bibliografía

Sobre el autor

Notas

A Asher, Arya, Tonya y Bugsy: HODL^[1].
Todo es una aventura, y cada día es más
divertida

NOTA DEL AUTOR

Los multimillonarios del bitcoin es un relato narrativo y dramático basado en decenas de entrevistas, cientos de fuentes y miles de hojas de escritos, incluidos registros de varios procedimientos judiciales. Existe una serie de opiniones diferentes y a menudo polémicas sobre algunos de los acontecimientos de esta historia; en la medida de mis posibilidades, recreé las escenas del libro a partir de la información que descubrí en documentos y entrevistas. Otras están escritas de modo que se ajustan a percepciones individuales sin respaldar. En algunos casos, he modificado o imaginado los detalles del entorno y las descripciones.

En 2010, publiqué el libro *Multimillonarios por accidente: El nacimiento de Facebook*, que no tardó en ser adaptado a la película *La red social*. Nunca podría haber imaginado que algún día recuperaría a dos de los personajes de aquella historia: Tyler y Cameron Winklevoss, los gemelos idénticos que desafiaron a Mark Zuckerberg sobre los orígenes de lo que no tardó en convertirse en una de las compañías más poderosas de la Tierra.

Multimillonarios por accidente se publicó en todo el mundo, Facebook supuso toda una revolución, y Mark Zuckerberg se convirtió en el revolucionario que intentaba cambiar el orden social: cómo interactúa la sociedad y cómo la gente se conoce, se comunica, se enamora y vive. Los gemelos Winklevoss fueron sus complementos perfec-

tos: privilegiados «hombres de Harvard», deportistas que, fácil de apreciar en muchos sentidos, representaban al *establishment*.

Hoy las cosas parecen diferentes. Mark Zuckerberg es un nombre muy conocido. Facebook es omnipresente y domina gran parte de internet (aunque parece estar siempre envuelto en escándalos que van desde el pirateo de datos de sus usuarios hasta las noticias falsas, así como el hecho de proporcionar una plataforma para las perturbaciones políticas). Mientras tanto, Tyler y Cameron Winklevoss han reaparecido en las noticias —de forma inesperada— como líderes de una revolución digital completamente nueva.

No se me escapa la ironía de la situación; no sólo que los papeles de Zuckerberg y los gemelos en tanto que rebeldes y representantes del Imperio del Mal parecen haberse invertido, sino también que mi libro y la película que le siguió ayudaron a consagrar una imagen de los gemelos que necesita una revisión. Soy de la opinión de que Tyler y Cameron Winklevoss no estaban simplemente en el lugar exacto en el momento exacto, dos veces, por casualidad.

Los segundos actos, tanto en la literatura como en la vida, son raros. Y como espero mostrar, hay muchas posibilidades de que el segundo acto de los gemelos Winklevoss acabe por eclipsar al primero. Bitcoin y la tecnología en que se basa tienen la capacidad de cambiar drásticamente internet. Así como Facebook se creó para permitir que las redes sociales pasaran del mundo físico a la red, las criptomonedas como el bitcoin se desarrollaron para un mundo financiero que en la actualidad funciona en gran medida online. La tecnología detrás de Bitcoin no es una moda, ni una burbuja, ni un fraude. Se trata de un cambio de paradigma fundamental, que con el tiempo lo transformará todo.

PRIMER ACTO

Las heridas morales tienen esta peculiaridad: pueden estar ocultas, pero nunca se cierran; siempre son dolorosas, siempre dispuestas a sangrar cuando se tocan, permanecen frescas y abiertas en el corazón.

ALEXANDRE DUMAS,
El conde de Montecristo

Capítulo 1

EN LA JAULA DEL TIGRE

Veintidós de febrero de 2008.

Vigésimo tercer piso de una torre de oficinas en las afueras del Distrito Financiero de San Francisco.

El habitual edificio de vidrio, acero y hormigón dividido en cubos con el aire acondicionado demasiado alto, y muy bien iluminado. Paredes de color cáscara de huevo y alfombras de un beis industrial. Tubos fluorescentes que segmentan los techos en forma de tres en raya. Dispensadores de agua fría, mesas de conferencia con los bordes cromados, sillas ajustables de imitación piel.

Pasaba un poco de las tres de la tarde de un viernes, y Tyler Winklevoss permanecía de pie junto a un gran ventanal que daba a un alfiletero de edificios de oficinas similares y que perforaban la niebla del mediodía. Hacía todo lo posible por dar pequeños sorbos de agua filtrada de un vaso desechable fino como el papel sin derramar demasiada sobre su corbata. Después de tantos días, meses, maldita sea, años, la corbata apenas era necesaria. Cuanto más se prolongara ese calvario, más probable era que tarde o temprano se presentara a la siguiente interminable sesión con su chaqueta de remo olímpica.

Se las arregló para saborear un poco de agua antes de que el vaso se doblara hacia dentro entre sus dedos, riachuelos que no alcanzaron la corbata pero que empaparon la manga de su camisa de vestir. Arrojó el vaso en un cubo de basura situado bajo la ventana y se sacudió la muñeca húmeda.

—Otra cosa que añadir a la lista. Vasos de papel con forma de cono de helado. ¿A qué clase de sádico se le ocurre algo así?

—Tal vez al mismo tipo que inventó las luces. Estoy dos tonos más moreno desde que nos trasladaron a esta planta. Olvídate de los pozos de fuego, me apuesto lo que quieras a que el purgatorio está revestido de tubos fluorescentes.

El hermano de Tyler, Cameron, estaba estirado sobre dos de las sillas de falso cuero al otro lado de la habitación, sus largas piernas apoyadas en la esquina de una mesa de conferencias rectangular. Llevaba una americana, pero sin corbata. Uno de sus zapatos de piel del número cuarenta y ocho descansaba peligrosamente cerca de la pantalla del portátil abierto de Tyler, pero éste lo dejó pasar. Había sido un día muy largo.

Tyler sabía que el tedio era intencionado. La mediación era diferente a la litigación. Esta última se parecía más a una batalla campal, dos interlocutores tratando de abrirse camino hacia la victoria, lo que los matemáticos y economistas denominarían «juego de suma cero». Los procedimientos judiciales tenían altibajos, pero bajo la superficie se escondía una energía primaria; en el fondo, era la guerra. No obstante, la mediación era diferente. Cuando se llevaba a cabo de forma adecuada, no había ganadores ni perdedores, sólo dos partes que se comprometían a llegar a una resolución, que «dividían el bebé». La mediación no se parecía a la guerra. Era más como un largo viaje en autobús que terminaba sólo cuando todo el mundo a bordo se cansaba lo bastante del paisaje para convenir un destino.

—Para ser exactos —dijo Tyler, volviendo junto a la ventana y al gris sobre gris de otra tarde del norte de California—, no somos nosotros los que estamos en el purgatorio.

Siempre que los abogados abandonaban la sala, Tyler y Cameron hacían todo lo posible para no pensar en el caso en sí mismo, lo que solían hacer al principio. Habían estado tan indignados y les había embargado tal sensación de traición que apenas podían pensar en otra cosa. Pero cuando las semanas se convirtieron en meses, decidieron que la ira no le hacía ningún bien a su cordura. Como les aseguraban sus abogados, tenían que confiar en el sistema. Así que, cuando se encontraban a solas, trataban de hablar de cualquier cosa excepto de lo que los había llevado hasta allí.

El hecho de que ahora tocaran el tema de la literatura medieval, en concreto la concepción de Dante de los muchos círculos del infierno, mostraba que la estrategia de evasión empezaba a agotarse; confiar en el sistema los había dejado atrapados en uno de los inventos del humanista. Aun así, les daba algo en lo que concentrarse. Durante su adolescencia en Connecticut, Tyler y Cameron se habían obsesionado con el latín. Como no había ningún curso de la asignatura en el último año de secundaria, pidieron al director de su instituto que les permitiera formar un Seminario de Latín Medieval con el sacerdote jesuita que era el director del programa de esta lengua. Juntos, los gemelos y el sacerdote tradujeron las *Confesiones* de San Agustín de Hipona y otras eruditas obras medievales. Aunque Dante no escribió su libro más famoso en latín, ambos también habían estudiado suficiente italiano para jugar al juego de actualizar el decorado en su infierno: dispensadores de agua fría, luces fluorescentes, pizarras blancas..., abogados.

—Técnicamente —dijo Tyler—, estamos en el limbo. Él es el que está en el purgatorio. Nosotros no hicimos nada malo.

Alguien llamó a la puerta de repente. Uno de sus abogados, Peter Calamari, entró primero. Sus entradas, cada vez más acusadas, enmarcaban una frente prominente y un mentón pequeño con papada. Llevaba la camisa estampada de palmeras de la marca Tommy Bahama mal metida en la cintura de un par de tejanos azules tan grandes para él que le hacían andar raro; a Tyler no le habría sorprendido que todavía tuvieran la etiqueta puesta. Peor aún, Calamari llevaba sandalias. Lo más probable es que las hubiera comprado en el mismo lugar que los pantalones.

Detrás de su abogado entró el mediador, Antonio «Tony». Piazza, que lucía una figura mucho más impresionante. Esbelto hasta el punto de tener el rostro demacrado, iba impecablemente vestido de traje y corbata. Llevaba el pelo entrecano bien cortado, las mejillas bronceadas. Piazza era conocido en los medios de comunicación como «el maestro de la mediación»: había resuelto con éxito más de cuatro mil complejas disputas, al parecer tenía memoria fotográfica y era experto en artes marciales y creía que su formación en aikido le había enseñado a canalizar la agresión hacia algo productivo. Piazza era infatigable. En teoría, era el conductor perfecto para este viaje al parecer interminable.

Antes incluso de que ambos abogados cerraran la puerta tras de sí, Cameron quitó los pies de la mesa.

—¿Ha aceptado?

Dirigió la pregunta a Piazza. En las últimas semanas, habían empezado a pensar en Calamari, socio de la siempre jactanciosa firma de abogados Quinn Emanuel, como en poco más que un mensajero entre el maestro de aikido y ellos. Si sus amplios vaqueros y sus sandalias eran un intento de conectar con la atmósfera de Silicon Valley, Cameron creía que lo definían más como artificio que como abogado.

De hecho, ni siquiera debía estar allí. Calamari sustituía a Rick Werder Jr, el abogado principal de su caso, que en el

último minuto no había podido representarlos porque había decidido ser el intermediario de una compañía en una acción de bancarrota de 2000 millones de dólares. A pesar de que la suerte del caso de los gemelos descansaba sobre sus hombros, Werder no se había presentado a la mediación, el momento decisivo del proceso. Los gemelos entendieron que estaba ocupado persiguiendo lo que él creía que era el trato más grande y mejor.

Los hermanos Winklevoss habían contratado a la firma Quinn Emanuel en un intento de reforzar su equipo legal, ya que la proposición de pruebas estaba llegando a su fin y se avecinaba el juicio. Fundado en 1986 por John B. Quinn, el bufete tenía la reputación de ser un litigante duro dedicado en exclusiva al litigio comercial y al arbitraje. La firma también había sido pionera en la falta de un código de vestimenta formal, algo inaudito en el mundo de los selectos bufetes de lujo. Esta innovación era la culpable de la desastrosa forma de vestir de Calamari.

—No ha dicho que no —anunció Piazza—. Pero le preocupan un par de cosas.

Tyler miró a su hermano. La petición que habían presentado había sido en su origen idea de Cameron. Habían pasado tanto tiempo yendo y viniendo a través de sus abogados —Piazza siempre en medio, una esfinge plateada continuamente en busca de un término medio— que Cameron se había preguntado si no habría algún modo más sencillo de solucionar todo aquel teatro. Demonios, eran tres personas que se habían conocido no hacía mucho en un comedor universitario. Quizá podrían volver a sentarse, sólo ellos tres, sin abogados, y hablar del tema.

—¿Qué es lo que le preocupa? —preguntó Cameron.

Piazza hizo una pausa.

—La cuestión de la seguridad.

Tyler tardó un momento en darse cuenta de lo que el mediador quería decir.

Su hermano se puso en pie.

—¿Cree que vamos a ir a por él? —Barruntó Cameron—.
—¿En serio?

Tyler sintió cómo se ponía rojo.

—Está de coña, ¿no?

Su abogado se adelantó, aplacando.

—Lo importante es que, aparte del tema de la seguridad, mantiene una actitud positiva al respecto.

—En serio, déjame entenderlo —pidió Tyler—. ¿Cree que vamos a darle una paliza? ¿Durante la mediación? ¿En las oficinas corporativas de un mediador?

La expresión de Piazza permaneció inmutable, pero su voz descendió una octava, tan relajante que podría hacerte dormir.

—Intentemos mantener la concentración. Está de acuerdo con la reunión, en teoría. Sólo hay que concretar los detalles.

—¿Quieres esposarnos al dispensador de agua? —ironizó Cameron—. ¿Eso hará que se sienta más cómodo?

—No será necesario. Hay una sala de conferencias con paredes acristaladas al final del pasillo. Podemos celebrar la reunión allí. Sólo uno de vosotros participará en el cara a cara. El resto nos quedaremos fuera y observaremos.

Era totalmente absurdo. Tyler pensaba que les estaban tratando como si fueran animales salvajes. *La cuestión de la seguridad*. Estaba seguro de que dichas palabras procedían de él. Sonaban exactamente como algo que solamente él diría, o incluso pensaría. Tal vez se trataba de una especie de estratagema; la idea de que estaría físicamente más seguro frente a sólo uno de ellos era casi tan absurda como la de que le dieran una paliza, pero quizá creía que hablar con únicamente uno de ellos le concedería cierta ventaja intelectual. Los gemelos pensaban que les había juzgado desde el principio por su aspecto. Para él, no habían sido más que los chicos *cool* del campus. Deportistas tontos que ni siquiera sabían codificar, y que necesitaban contratar a un friki para que les creara su página web, un sitio web que só-